

## SERMON

SOBRE EL

### DOGMA DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO<sup>(1)</sup>.

*Hic est filius meus dilectus in quo mihi bene complacuit: ipsum audite.*

Este es mi Hijo muy amado en quien yo me he complacido: oidle.

Math. cap. XVII.

Al proponerme, señores, hablaros en este día de la divinidad de Jesucristo; al querer llamar hoy vuestras atenciones hácia este dogma católico, es mi deber haceros conocer quien es este á quien reconocemos como Dios, cuál es su grandeza y cuál fué en la tierra la estension de su mision. Toda vez que no solamente es un personaje sagrado, sino tambien un personaje histórico, que sus hechos se hallan consignados en una escritura pública, respetada por su antigüedad, por su carácter, por haber sido trazada por testigos oculares, acudamos á esa historia; abramos las sublimes páginas del Aguila de los Evangelistas y penetremos

(1) Este sermón dogmático moral, muy á propósito para combatir la moderna incredulidad, está arreglado para predicarse en el segundo Domingo de Cuaresma. A continuacion del mismo, ponemos dos diferentes exordios para poderlos aplicar á otros días de Cuaresma.

con él hasta el seno mismo de Dios. ¿Quién es Jesucristo? «En el principio, dice San Juan, era el Verbo, »y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... »Todas las cosas fueron hechas por El, y nada se hizo »sin El. En El estaba la vida, y la vida era la luz de »los hombres. Era la luz verdadera que alumbra á »todo hombre que viene á este mundo... Y el Verbo »se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su »gloria, como Unigénio del Padre, lleno de gracia y »de verdad (1).» Hé aquí, señores, lo que es Jesucristo. Al paso que los otros Evangelistas dan principio á su narracion, dándonos á conocer la genealogía del Salvador segun la carne, San Juan remonta su vuelo, penetra en el seno del Sér infinito, y nos revela su naturaleza divina. Jesucristo es Dios, Hijo de Dios único, engendrado de toda la eternidad: es lo que el Padre y el Espíritu Santo, con lo que vive en unidad de Esencia y Trinidad de Personas; se dignó tomar nuestra naturaleza humana, no resultando de la union de ambas naturalezas, mas que una sola Persona divina. La esplicacion del Evangelista, no deja la menor duda. Léela el malogrado Lamennais, y «no es necesario mas, esclama: todo está revelado: ya sabemos que Jesucristo es Dios (2).»

Vista ya cual es la dignidad de Jesucristo y su grandeza, veamos cual es su destino. Oid á San Pablo: «Restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (3):» enseñar al mundo una moral sublime, y desconocida en los antiguos tiempos, perfeccionar la ley con la promulgacion del Evangelio, y redimir la

(1) Joan. cap. I, v. 1 et seq.

(2) Lamennais. Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion. cap. 35.

(3) Ad. Ephes cap. I. v. 9.

humanidad con el sacrificio de su vida. Los grandes portentos que efectuara durante los tres años de su predicacion, fueron una demostracion palpable de su divinidad: sin embargo, el Eterno Padre se complace en proclamarla por sí misma, como nos refiere el Evangelio de este dia. Jesucristo subió á la cumbre del Tabor, y en presencia de tres de sus discípulos, se transfiguró. Aquellos estaban admirados y estupefactos al observar tal maravilla: veian su rostro brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Moisés y Elías se habian allí aparecido, y entonces se oyó una voz; la voz del Eterno Padre, que dijo: «Este es mi Hijo muy amado en el que yo me he complacido: oidle: *Hic est filius meus dilectus in quo mihi benecomplacuit ipsum audire.*

Ved aquí, señores el mas augusto testimonio de la Divinidad de Jesucristo, dado por el Eterno Padre, y ved aquí tambien el asunto de que nos vamos á ocupar al presente. Plegue al Señor poner en mis lábios argumentos ortodoxos suficientes á confundir la moderna incredulidad. Para que asi sea; para que yo pueda hablaros dignamente del dogma de la Divinidad de Jesucristo, interpongamos la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, á la cual con la mayor devocion y reverencia saludaremos, repitiendo las espresiones que un dia le dirigiera el celestial Parainfo. *Ave María.*

#### PARTE ÚNICA.

Que Jesucristo es igual al Padre, está testimoniado por muchos testimonios de la Sagrada Escritura. El Bautista envió un dia á seis discípulos para que pre-

guntasen al Salvador si era el Mesías prometido. Jesucristo recibió á los criados del Precursor con la bondad que le era propia, despues de llamarles la atencion sobre los grandes prodigios que efectuaba, puesto que al imperio de su voz oian los sordos, hablaban los mudos, recibian salud los enfermos, les decia: «Mi Padre puso en mis manos todas las cosas: y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo y aquel á quien le quisiere revelar el Hijo (1).» En otra ocasion dice tambien á los judíos arguyéndoles con el deseo que todos los patriarcas de la antigüedad habian tenido de ver el suspirado dia en que habia de aparecer sobre la tierra el que habia de dar la libertad al hombre, rompiendo las cadenas de su esclavitud, y demostrándoles que ellos habian visto lo que no habian logrado ver aquellos: «Escudriñad las Escrituras en las que vosotros creéis tener la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí. No penseis que os he de acusar delante del Padre: otro hay que os acusa: Moisés, en quien vosotros esperais (2).» Mas si no dais crédito á sus escritos ¿cómo creereis mis palabras? En otras mil ocasiones vemos á Jesucristo insistiendo en probar su divinidad.

Causa, en verdad, estrañeza, que obstinado el pueblo judío y aun los mismos sacerdotes que se jactaban de entendidos en las Escrituras, no quisieron reconocer en Jesus los caractéres señalados en los libros santos que habian de adornar al Mesías libertador. Un hombre que no hubiese sido Hijo de Dios, ¿hubiese tenido poder sobre los elementos? ¿Hubiese podido curar repentinamente toda clase de enfermedades?

(1) Math. cap. XI, v. 27.

(2) Joan. cap. V.

¿Hubiese podido verificar la milagrosa multiplicacion de los panes con los que sació á una turba hambrienta? Vamos á fijarnos en un acto de los mas admirables de su vida, y le veremos dando un nuevo testimonio de su divinidad. Hablo de la curacion del paralítico: ¿Quién que no hubiese sido un Dios, hubiera tenido potestad para decir á aquel hombre que yacia paralítico muchos años, *toma tu lecho y anda?* ¿Quién que no hubiera sido un Dios, hubiese podido restituir la vida á Lázaro despues de muerto de mas de cuatro dias? Jesucristo, pues, efectua estos estupendos milagros á presencia de multitud de gentes que no pueden menos de quedar maravillados. ¿Y será posible que un pueblo que presencia tales maravillas, dude en adelante de la divinidad de Jesucristo? Sí, señores: duda, y no solo duda, sino que busca medios de apoderarse de su persona. Cada prodigio que efectua, es un nuevo motivo para que se acreciente en los israelitas el deseo de su muerte.

Era necesario señores, que se cumpliesen las profecías: era necesario que se realizase todo cuanto los profetas habian escrito del Hijo del Hombre. Debía, por lo tanto ser perseguido é injuriado; debía ser escarnecido y luego crucificado. Por esta razon, lleno de la mayor mansedumbre, dice á sus discípulos: *el Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres, le harán morir y despues de muerto resucitará al tercer dia.*

Ved, señores, á Jesucristo anunciando el porvenir, ¿Espera por ventura como los profetas un momento de santa inspiracion? No: en todo tiempo, en cualquier momento, habla de los sucesos futuros como pudiera hablar de los presentes. Como acabamos de ver, él mismo anuncia á sus discípulos su pasion y

muerte. Esto era propio tan solamente de aquel que pudo decir de sí mismo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (1), y tambien yo soy la luz del mundo (2). Su sabiduría era admirable: sus mismos enemigos, aquellos que tan interesados se hallaban en prenderle, no pueden menos de confesar que hombre alguno habia hablado jamás como aquel hombre. Yo soy la luz del mundo. ¿Qué testimonio! Seguidle, mis hermanos, cuando evangeliza por los pueblos de la Judea: escuchadle cuando con la mayor solemnidad, al mismo tiempo que con sencillez de palabras para ser de todos comprendido, dá á los que le escuchan altísimas nociones de Dios, de su justicia y de su providencia, rectificando las ideas todas y anunciando una doctrina celestial y divina que inaugura el hasta entonces desconocido reino de la caridad. Seguidle al momento donde predica el admirable sermón de las bienaventuranzas, y comparad con este discurso en el que resplandece una sabiduría celestial, toda la ciencia de los antiguos legisladores y de los demas sábios que admiraron el mundo por sus profundos conocimientos. Toda la sabiduría mundana queda confundida ante la sabiduría de Jesus de Nazareth. ¿Cuándo se le hubiera ocurrido á Sócrates, á Zenon, Ciceron, Platon ó á alguno de los otros sábios que brillaron en las antiguas escuelas, esclamar: Bienaventurados los pobres de espíritu, los que lloran, los que padecen persecucion por la justicia? Pues Jesucristo lo consigna así; Jesucristo que no es un legislador terreno, que no ha necesitado asistir á las lecciones de las escuelas filosóficas, que habla de

(1) Joan. cap. XIV, v. 6.

(2) Ibid. cap. VIII, v. 12.

propia autoridad, como que es un Dios verdadero, al mismo tiempo que verdadero hombre, anuncia en tan admirable sermón, que no es el mundo el lugar de las recompensas; que en el cielo será bienaventurado todo aquel que en la tierra sufra con resignación los trabajos de la vida, que allí serán consolados los que en el destierro lloran; que tan feliz morada poseerán los que sufren persecuciones por practicar el bien y obrar en justicia.

¿Pero deja por ventura el Salvador de dar públicos testimonios de su divinidad? ¿no habla siempre de propia autoridad? Cuando pronuncia aquellas palabras que hace pocos momentos hemos citado: «Yo soy el camino, la verdad y la vida», añade á continuación: «nadie viene al Padre sino por mí; si me conocieseis á mí, ciertamente conoceriais también á mi Padre. El que me ve á mí ve también á mi Padre (1).» Decidme, señores, ¿qué hombre se hubiera atrevido á hablar de este modo? Se comprende que un hombre cualquiera puede llamarse profeta, y tratar de hacerse partido fingiéndose inspirado y poniendo en juego una sabiduría puramente mundana para hacer prosélitos: pero fingirse Hijo de Dios verdadero, hacer ver que él y el Padre son una cosa misma, no hubiese sido posible en el que verdaderamente no lo fuese. Yo os presentaré un argumento, al cual no será capaz de contestar toda la sabiduría humana. ¿Es cierto que Jesucristo hizo milagros estupendos? ¿Lo es que el mar y el viento le obedecían? ¿Lo es que daba vista á los ciegos, agilidad en sus miembros á los paráliticos y vida á los muertos? Es indudable.

(1) Joan. cap. XIV.

Aunque el Evangelio no lo consignase, la misma historia profana, ¿no nos habla del estremecimiento de la tierra, del eclipse de los astros y de otras señales con las cuales la naturaleza mostró su duelo en la muerte de Jesús? Ahora bien, señores: si Jesucristo no hubiese sido un Dios, habría sido un falsario, toda vez que repetidas veces se daba este título. ¿Y es posible que Dios obrase prodigios en favor de un embaucador? Seguramente al pretender multiplicar los panes y los peces para saciar una turba hambrienta, al decir á Lázaro «sal fuera del sepulcro,» ó al querer efectuar cualquiera de las otras maravillas con las cuales demostró visiblemente su divinidad, hubiese quedado confundido como más tarde Simon Mago al remontar su vuelo que cayó en tierra á presencia de una multitud de gentes que quedó convencida de la falsedad de sus palabras.

No hay término medio, señores, ó es necesario cerrar los ojos á la luz de la razón, renunciar al raciocinio, ó confesar la divinidad de Jesucristo. Sí; ¡oh Salvador amorosísimo de la humanidad! Nosotros os reconocemos y confesamos como Hijo unigénito de Dios. Sabemos que sois un Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de Esencia y Trinidad de Personas. Nada importa que en nuestros días vuelvan á resucitarse errores condenados por la Iglesia y refutados por los Santos Padres, de que el Verbo divino de quien se nos habla en los sagrados libros, no es sustancial sino de la misma naturaleza que la palabra humana. Nada importa que hombres ilusos pretendan negar que Jesucristo es eterno como Dios, consustancial al Padre, que ha creado el mundo y cuanto en él se contiene. Búrlense en buen hora los heterodoxos

cuando nos oyen atribuir al Verbo humanado, á Jesucristo Dios y Hombre verdadero, los atributos de la divinidad. Jamás el poder humano será suficiente á eclipsar la gloria de Jesucristo, ni á despojarle de la brillante aureola de su divinidad. Nuestra cosmogonía jamás podrá ser alterada por los insensatos enemigos del libertador de la humanidad.

Instemos, M. A. O., y veamos si Jesucristo Dios y Hombre es el verdadero Redentor de la humanidad. Este hombre, tan lleno de gracia y de virtud, que habia admirado á los pueblos de la Judea con la pureza de su doctrina, la santidad de su vida y sus extraordinarios prodigios, es sin la menor duda, el Mesías prometido. Es indudable que á su advenimiento al mundo, se habian cumplido las promesas: el cetro habia salido de la casa de Judá: una paz general reinaba en todo el mundo, y los pueblos todos judíos y politeistas, esperaban un grande acontecimiento que transformara el universo: las setenta semanas de Daniel se habian cumplido, y precisamente debia en aquel tiempo aparecer sobre la tierra el Libertador. ¿Apareció en el mundo por la época de Jesucristo algun otro personaje á quien se pudiesen atribuir las cualidades del Mesías? Solamente el mismo Jesucristo, que es sin duda el que dijo Dios que habia de venir al salir el cetro de Judá. ¿Y cómo viene? ¿Cómo se presenta entre los hombre? ¡Ah! El es aquel de quien dice la Escritura que tiene escrito en su vestido y en la orla de su manto: «Rey de reyes y Señor de los que dominan.» Sin embargo, se presentó en hábito vulgar sirviéndose de la espresion de un Padre, no teniendo otro lecho de descanso que las humildes pajas de un pesebre. Ni una sola de las profecías, de-

bia dejarse de cumplir en su Persona. David, á través de los tiempos, habia visto á los reyes del Arabia y de Sabá ofrecerle dones, postrándose de hinojos ante su cuna. Pues bien, señores; fijad vuestra vista en la humilde gruta de Belén, y allí vereis postrados á los monarcas de Oriente, que guiados por la misteriosa estrella, han venido á ofrecerle homenaje de respeto y veneracion, al tiempo mismo que pobres y rústicos pastores á quienes un ángel les anuncia la buena nueva, acuden tambien á protestarle sus respetos. Este espectáculo, las armoniosas voces de los espíritus angélicos, que entonan sobre la gruta: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;» todo da testimonio de la divinidad del tierno Infante. En adelante, si esceptuamos el dia en que demuestra su sabiduría eterna, en su disputa con los doctores cuando se hallaba aun en los dias de su juventud, pasa una vida ignorada, creciendo en el hogar de una familia desvalida; de la purísima Virgen que le habia concebido en sus entrañas por virtud divina y del bendito Patriarca José, formando todos la familia mas santa que ha existido sobre la tierra.

Llegó la hora en que debia dar principio á sus predicaciones, y ya le hemos considerado antes siendo la admiracion de cuantos escuchaban su doctrina, que se elevó sobre toda la filosofía egipcia, griega y romana, y siendo el pasmo de las gentes por el gran poder que demostraba en sus obras y palabras. Bien, señores: fijémonos ya en el tiempo de su pasion y de su sacrificio. ¿Abrigais alguna duda de que Jesucristo fuera el verdadero Mesías prometido en las escrituras? Leed con detenimiento y reflexion á Isaías y á Zaca-

rías: vereis al primero pintar con vivos colores las ignominias, las afrentas, los azotes y los demás tormentos que la perfidia de sus enemigos había de hacer sufrir al Mesías, y al segundo llorar anticipadamente su muerte y la soledad de Jerusalem. Abrid en seguida con igual respeto el Evangelio: informaos minuciosamente de los padecimientos de Jesucristo, de sus tormentos, de su ignominiosa muerte, y vereis cumplidas al pié de la letra en su persona, todas aquellas profecías: y si el Centurion no pudo menos de esclamar en el Gólgota: *verdaderamente este era Hijo de Dios*, vosotros no podreis menos de afirmaros en vuestra fé, y esclamar: Jesucristo, Hijo de Dios y hombre verdadero, es el Mesías anunciado en la Escritura, el verdadero Redentor de la humanidad. No, no es Jesucristo tan solamente un hombre extraordinario como Zoroastro ó Mahoma, segun pretende la *escuela vidente* (1): es sí verdadero Dios y verdadero hombre: es el Redentor y Salvador de la humanidad: el que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo. Vino á romper las cadenas de nuestra esclavitud, á borrar con su sangre la escritura de la maldición del mundo. Inocente por esencia, impecable por naturaleza, cargó sobre sus hombros en la Cruz los pecados de la humanidad, presentándose cual criminal en medio de un pueblo amotinado y sediento de su sangre. Impulsado por su amor, llega al Calvario apareciendo cual necio la misma sabiduría, como pecador el santo por esencia, afeado por los cardenales y la sangre que estrahe de sus venas, la fiera pésima del pecado, el que es la hermosura de los cielos.

(1) Philosophie des Religions comparees par Agustin Chaho.

Vedle, mis señores, pendiente del madero santo y pronunciando aquellas memorables palabras que formaran la última página del Testamento Antiguo y la primera del Nuevo: *Consummatum est...* Todo está consumado. Es decir; el mundo necesitaba un Redentor, y yo le he redimido: la Justicia de mi Eterno Padre está satisfecha: el hombre es salvo, y solo le resta aprovecharse del fruto de mi pasión y muerte. Y ese Dios-hombre que da su vida entre tormentos tales, viene siendo á través de los siglos objeto de la adoracion de los pueblos y naciones. El triunfo de su religion santa y divina, á través de los errores de todos los siglos, nos demuestra, mis señores, que no es Jesucristo el *Khrisna indiano*, ó el hombre de la mitología indiana, ni el gefe de una revolucion que se alzó en sus dias para concluir con la tiranía del imperio romano: es sí, como hemos procurado demostrar en el discurso á que vamos á dar fin, el verdadero Redentor, cuya existencia jamás ha podido ser desmentida, cuyos prodigios no han podido ser desvirtuados por los sofismas de la escuela alemana, y cuyos triunfos no han podido desfigurar el panteísmo moderno.

Pues bien, señores, se acerca el dia en que la Iglesia va á conmemorar la muerte de este divino Redentor. Identifiquémonos con su espíritu, y para contrarestar los esfuerzos de la impiedad, procuremos celebrar tan solemne aniversario de un modo verdaderamente cristiano. Hagamos penitencia: santifiquémonos por medio del ayuno y la mortificación, no olvidando que este Dios-hombre ha de hacer una segunda venida al mundo, pero lleno de majestad y grandeza y rodeado de los ángeles del cielo para

juzgar á todos los pueblos y naciones. Sea nuestra conducta tal, que nos haga merecer en la tierra la proteccion del Redentor amorosísimo de nuestras almas, medio único de que tengamos un dia la inesplicable dicha despues de haber vivido en la tierra sometidos gustosos á su doctrina, de verle y alabarle en compañía de los ángeles y bienaventurados en la feliz mansion que nos conquistara con su preciosa sangre, que es la gloria que os deseo á todos. *Amen.*

## EXORDIO

para aplicar el sermon anterior á la  
Dominica cuarta de Cuaresma.

*Hic est vera Propheta, qui venturus est  
in mundum.*

Este es verdaderamente el Profeta que  
ha de venir al mundo.

Joan. cap. VI.

Quando cada dia vemos con dolor nacer una nueva secta filosófica, que reproduciendo los antiguos errores condenados por la Iglesia, y engalanándolos con nuevos atavíos, trata de ganar prosélitos: quando las mas groseras enseñanzas difundidas por los apóstoles de la impiedad pululan por la sociedad cristiana, habiendo formado de ella una sociedad corrompida que tan solo el exterior tiene de cristiana, ¿de qué palabras nos deberemos servir los predicadores del Evangelio para hacer que olviden sus costumbres licenciosas y se entreguen en este santo tiempo á las meditaciones religiosas, á unos cristianos que tal vez se han preparado á la Cuaresma con espectáculos obscenos ú orgías gentílicas, continuando en ella con un espíritu disipado? ¿Qué armas deberemos manejar para ablandar corazones endurecidos y atraer al camino del bien